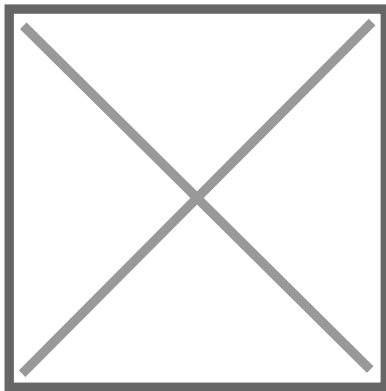




Para mi gusto la mejor novela que haya nunca sido escrita en Chile es Valparaíso de Joaquín Edwards Bello.

Fue la novela de su vida. Por dos (o más) razones. Aunque trató de contradecirlo, no cabe duda con buena fe que es altamente autobiográfica y documental de experiencias suyas. Y además, fue la obra que le tomó más tiempo de su vida. Hizo en el curso de varias décadas cuatro versiones de este mismo libro: En el rojo alondro, Valparaíso la ciudad del viento, Valparaíso (Fantasma) y —definitivamente— Valparaíso.

No parece que haya caso semejante respecto a creación literaria continuada y corregida tantas veces tanto tiempo en Chile, como estas cuatro versiones publicadas en vida de su autor. Cada una merece ser leída por separado, para quedarse (con gusto) con la última.

Esto de estar proponiendo nombres de obras como lo mejor del siglo o del milenio (y Chile tiene menos de quinientos años), es pueril y fútil, y una puja por establecer jerarquías comparativas que no son más que opiniones de memoria y momentáneas.

Se puede opinar según el gusto propio: nada más natural. Pero jamás establecer listas de comparaciones competitivas. Hay que hacer juicios generales, si —decía un hombre de Estado— hace cien años —pero jamás sistemáticos y definitivos.

Uno dice: la mejor novela chilena es... ¡Por qué no? Muy lícito. Corresponde entender en mi opinión hoy día. Cabe decirlo en conversación entre amigos. ¡Pero hacer encuestas, "top ten", "ranking", "meter"... Descultura norteamericana.

Medir con vara de tendero, no.

Mirar a ojo de buen varón, eso sí. (Y añades la palabra "buen" —que es innefable e imponderable).

Sin ánimo de ser un ponde-rado mediador, nos parece evi-dente para los que van leyendo literatura de Chile que lo to-ta-liz de Edwards Bello no ceda a los mejores poetas nuestros de los últimos ochenta años. Y a su prosa lea-corta poesía. Después de nombrar contem-poráneos suyos ya muertos, de lo del año del Centenario, ex-cla-ma: "Amigos cuyos nombres hoy me parecen tumbas". Poesía, y hasta verso. Y en Valparaíso (cogiendo "El viento en el co-ra-zón"), "Me dio sus labios secos, fríos, desengañados". O lean sus crónicas, por ejemplo Setenta años o A wonderfull story.

Poesía, ficción y memorias

Bernán Díaz Alonso en su libro sobre los Memorialistas Chilenos, no incluyó a Joaquín Edwards. Sin embargo no parece que haya en todo el siglo un escritor que acumule tal número de recuerdos personales y socia-

Nuestro mejor relato:

Valparaíso de Joaquín

En un relato que tuvo diversas versiones y nombres, y en el que se conjugó lo autobiográfico y documental, Joaquín Edwards Bello demuestra su capacidad para no "ceder ante los mejores poetas nuestros de los últimos ochenta o más años".

Por Armando Uribe Arce



Ascensor Carró Cordillera, Valparaíso. (Fotografía de Harry Ott)

les en sus Crónicas y Novelas. Es el gran naturalista de costumbres verdaderas y auténticas chilenas. Todas sus novelas son testimonios auténticos, desde El Juvenil ("de Joaquín" decían sus parientes socarrones), El Mosotruo, El Río, Crónicas en París, El chileno en Madrid, La chica del Cileño, todas. Y sobre todas, Val-

paraíso, 1943, quiso esquivar el que Valparaíso fuese en clave: "No es una autobiografía. Es lo que pudo ser. Se trata de Memorias noveladas o ficción. Es difícil demostrar que no soy yo el personaje principal. Aunque grite: ¡No soy yo! ¡No soy yo! ¡No me creas".

Le creemos todo lo que escribe, y sobre todo cuando se contradice o nos desmiente.

A Edwards Bello le creemos todo lo que escribe, y sobre todo cuando se contradice o nos desmiente.

parado.

¿No se permitió en el prólogo de su segunda novela, refiriéndose a la primera, que si, de veras, había leído una "cachona palpitante" entre sus hermanos o algo así? Y así eran llamadas a principios de siglo las señoras de Santiago más "jubonas", "high born", "criollitas anglosajonas".

Sea como fuere, todo lo de Edwards Bello resulta verosímil, más verosímil aún que lo que pasa por verdadero en Chile.

Con todo, en más de una crónica ("Almuerzo de escritores", 1903, "A Vase algo mi última no-

vela", 1943), quiso esquivar el que Valparaíso fuese en clave: "No es una autobiografía. Es lo que pudo ser. Se trata de Memorias noveladas o ficción. Es difícil demostrar que no soy yo el personaje principal. Aunque grite: ¡No soy yo! ¡No soy yo! ¡No me creas".

Le creemos todo lo que escribe, y sobre todo cuando se contradice o nos desmiente.

Con todo, en más de una crónica ("Almuerzo de escritores", 1903, "A Vase algo mi última no-

Algunos han dicho que Edwards Bello no sabía terminar sus novelas. Grave equivocación. Evidente en esta, como asimismo en las otras, por ejemplo La chica del Cileño, que desmenuza en aventura (que termina por ser matrimonial) de anonada con saleros y el tren que acelera humeando, y una desatada carra-ción del fin, un senador (las malas lenguas vieron en él a Ma-laguitas Concha) que deja caer en manos del Jefe de la Policía a sus guardaespalda; y el colofón: la muerte sordida del niño, roñón aligado a un prostíbulo que le fuera maternal, y un pe-riodista —el autor— que recoge su cuerpo.

Como la novela Valparaíso es un mundo, no se la puede resu-mir.

Lo que se hace posible es en-cuadrar en ella algunos aconte-cimientos que más allá de la tra-ma de acción (prompiamente en-garada en el resto de la no-vela), presentan situaciones sin-bólicas en que fuerzas violentas psicológicas surgen de las pro-fundidades con palabras crio-las como las que siguen. Está troncando en su casa de Villa del Mar (la Quinta Vergara) la abe-lta de Stepton el amigo del pro-ta-gonista (que es un niño Ed-wards Bello joven) y le presen-tan al invitado y otro joven. "Después de mirarnos durante un largo rato, con sus ojos estre-

mece-dores y lancinantes, dola Edwards lanzó un rugido: "¿Quiénes son estos tíques? Comencé a temblar como un anegado. El amigo Equis dejó caer el sombrero y apenas tuvo el valor para recogerlo. La da-ma, sin dejar de mirarnos fija-mente, en su misma posición hierática y con un dominio abso-luto, repitió: —De dónde sacó este par de stúcticos? (...) En ese momento el joven Equis dio media vuelta y salió de la estancia, dando la espalda a la abuela de Stepton. Yo permanecí todavía un rato, contrito, achatado, bajo los ojos espantosos y escudriñadores de dola Edwards. No había medio de escapar. No osaba imitar al valiente Equis. Los ojos de dola Edwards permanecían incrustados en mi tembloroso esqueleto. Me decidí a pa-sar por todo. Al fin y al cabo no podía matarme; aquello debí-a tener forzosamente un desen-a-re. Recuerdo que comencé a sentir una picazón intolerable en todo el cuerpo". (Al día siguiente Equis se suicidó). En otra parte esa misma señora: Edwards le exige a su nieto que no se bote a poeta y que deje sus "lindencias pirifilísticas". Muestra poco tiempo después, el testamento de "la mamita", "en una de sus cláusulas decía. A mi sobrina Pulana, luego todo lo que se encuentra guardado en el ter-cer cajón de la cómoda de caoba de mi cuarto en el momento de mi muerte. Cuando abrieron di-cho cajón, encontraron dentro de él marrafas de pelo sucio, ca-las vacías de floreros, un corset viejo y varias figuras humanas de trapo traspasadas con alfileres". Se trata de la novela de la crueldad de los mandados. Y este es un solo episodio, entre otros que exceden en varie-dad lo trascrito.

La más maravillosa y exacta sociología silvestre nacional se desenvuelve a lo largo de toda la obra literaria —incluyendo por cierto las crónicas periodís-ticas de cincuenta años o más— de Joaquín Edwards. No hay histo-riador ni antropólogo "científi-co" que haya analizado el país: como este escritor, cuyo único parangón al respecto sería don Carlos Viala Fuentes (que Ne-ruda consideraba —cuestión de gusto, pero Neruda lo tenía ad-vido— el primer prosista de nuestro siglo aquí).

Así como otras obras de chi-lenos han podido ser llamadas "novelas de deformación", por contraste con europeas y nortea-mericanas famosas por ser "de formación", Valparaíso es una "deformación" no sentimental sino otra cosa más genuina de nues-tro país de imbalances emotio-nales: aprender a sobrevivir. Aprender de hombre, de niño, de roto, de futo.

Aquí, o se aprende todo, y a ser "masotro" con la adquirida certidumbre de frustrarse y em-barratar, aguantando lo que venga, o no se llega nunca a adulto.

Aviso al lector: la moral o moraleja de Valparaíso, es que pase lo que pase se puede ser chileno antes de morir. **AL**

"Armando Uribe Arce en su última publicación es "Los críticos de Chile".

Valparaíso de Joaquín [artículo] Armando Uribe Arce.

Libros y documentos

AUTORÍA

Uribe, Armando, 1933-2020

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Valparaíso de Joaquín [artículo] Armando Uribe Arce.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile